

Col·lecció Missatges, 26

Globalización e identidad



Jordi Pujol

Presidente de la Generalidad
de Cataluña

Auditorio del Centro Cultural
Caixa de Catalunya *La Pedrera*
Barcelona

23 de mayo de 2001



Generalitat de Catalunya

Biblioteca de Catalunya. Dades CIP:

Pujol, Jordi

Globalización e identidad : Auditorio del Centro Cultural
Caixa de Catalunya La Pedrera, Barcelona, 23 de mayo de 2001. –
(Missatges ; 26)

ISBN 84-393-5471-1

I. Catalunya. Generalitat II. Caixa de Catalunya. Centre Cultural.
Auditori III. Títol IV. Col·lecció: Missatges. Castellà ; 26

1. Globalització 2. Identitat col·lectiva

316.32:323.17

© Generalitat de Catalunya
Departament de la Presidència

1ª edición: julio 2001

ISBN: 84-393-5471-1

Depósito legal: B-33.066-2001

Diseño y producción: Entidad Autónoma del Diario Oficial y de Publicaciones
Impresión: Gràfiques Maculart, SA

Globalización e identidad

*Auditorio del Centro Cultural
Caixa de Catalunya La Pedrera
Barcelona, 23 de mayo de 2001*

Más que dar una conferencia sobre globalización e identidad, hoy quisiera hacerles una invitación. Hace tiempo que el tema de la globalización y las identidades ocupa un lugar central en mi discurso político, social, cultural y nacional; sencillamente, en mi discurso. De hecho, me he ocupado de él desde siempre, desde que era joven, pero durante los últimos años este tema ha tomado una dimensión especial, y yo me refiero al mismo con una frecuencia y una extensión crecientes, en todo tipo de lugares y circunstancias, desde Harvard (de clara adscripción liberal en el sentido norteamericano de la palabra) hasta Davos (una de las capitales de la globalización), pasando por Roma (que es una capital universal), y en muchas ocasiones aquí mismo, en Cataluña.

Hoy, como ya he dicho, les hablo de este tema en términos de invitación a que en Cataluña se le dedique mucha atención.

¿Por qué?

En primer lugar, porque es un reto. Un reto para nosotros y un reto en general.

Reto para nosotros. De supervivencia. De progreso. De plenitud y de futuro. De las tres cosas.

Es decir, la globalización podría amenazar nuestra continuidad como pueblo catalán. Podríamos diluirnos en un gran magma global. Pero quizá también sucumbiríamos si intentáramos defendernos encerrándonos en nosotros mismos, es decir, negando o rechazando el hecho de la globalización.

Para sobrevivir no basta simplemente con querer sobrevivir; hay que progresar, ir a más; y preparar un horizonte positivo. Esto no se puede hacer sin aceptar el juego de la globalización pero, según como lo juguemos, podría ser nuestra perdición.

También es un reto en general, más allá de los temas de identidad. La globalización es inevitable y puede tener efectos generales, mundiales, muy beneficiosos, pero comporta grandes riesgos. **A la globalización también hay que aplicarle el criterio de sostenibilidad.** Una globalización salvaje y sin normas ni límites podría ser pero que muy negativa, y además desde muchos puntos de vista.

Desde el punto de vista económico, porque, aunque es posible e incluso probable que produzca una mejora mundial general, incluidas muchas partes del mundo no desarrollado, también podría acentuar la marginalidad de determinados países. **Desde el punto de vista social**, porque no todos podrán adaptarse a las exigencias del progreso técnico y se quedarán atrás. **Desde el punto de vista político**, porque la mundialización quizá acentúe la concentración de poder, que es algo que ya sucede, y lo haga más incontrolable. **Desde el punto de vista cultural**, porque puede crear una situación de hegemonía, un proceso de homogeneización y un grave peligro de marginación y residualización de muchas culturas.

Tenemos, por lo tanto, un doble reto: como ciudadanos de Cataluña y como ciudadanos del mundo. Un riesgo, pero también una oportunidad, sobre todo como catalanes. El mundo no nos necesita, o nos necesita poco; tal vez sí que nos necesite. En cualquier caso, nosotros tenemos que querer creer que sí nos necesita un poco; y tenemos que actuar como si nos necesitara un poco, no importa que pequemos de cierta petulancia. De todos modos, el reto está aquí y lo tenemos que ganar. Todo reto, si se gana, comporta la posibilidad de avanzar, de ocupar posiciones más altas. Es el *challenge* de Toynbee. En nuestro caso el reto comporta, además, la necesidad de superarlo. No hacerlo podría significar nuestra decadencia, aquello que antes he llamado nuestra residualización. Si lo perdemos, no nos quedaremos donde estamos, sino que retrocederemos mucho. O sea, que nos movemos entre el riesgo de convertirnos en algo residual y la posibilidad de un notable fortalecimiento como país y como cultura. Tal vez sí que el caballo que pasa ante nosotros va algo desbocado, pero es el que pasa y en él tenemos que montarnos.

La opción es clara. Ahora bien, esto requiere que seamos capaces de elaborar un mensaje, para uso propio, y también para uso de los demás. Sería difícil ser catalanes si aspiráramos solamente a ser catalanes. Sería difícil elaborar un discurso válido para los catalanes si lo dirigiéramos sólo a los catalanes. Por lo tanto, ante este tema clave de nuestro tiempo, de nuestro país y de todo el mundo, debemos tener la ambición de elaborar y divulgar un mensaje con validez universal y con destinatarios universales.

Es decir, tenemos el reto (el nuestro y el general), la oportunidad (y el riesgo) y la necesidad de mensa-

je. Sobre esto invito a reflexionar a la sociedad catalana, a hacer que germinen ideas. Es la invitación de la que les hablaba. Hoy quiero comentarles todos estos temas, entrelazándolos.



Esta invitación la hago en un momento en que hay diferentes iniciativas de reflexión sobre «el nuevo catalanismo», o «refundar Cataluña», o «cómo hay que orientar el nacionalismo», etc. Es bueno que la gente se interrogue sobre el país, sobre todo si se evitan el masoquismo y el interiorismo. Ustedes saben que yo personalmente, ahora y desde hace cincuenta años, me he dedicado a este tipo de reflexiones; y no me siento eximido de la obligación de seguir haciéndolo.

Ahora bien, sea cual sea el resultado de estas reflexiones, hay una cosa segura: **Cataluña tendrá que acentuar su vocación de proyección** y tendrá que elaborar, o reelaborar, un mensaje de alcance universal. Universal, pero necesario también para nuestro uso interno. **Lo necesitamos para ser.**

De hecho, a lo largo de su historia de más de un siglo el catalanismo, el nacionalismo catalán (ustedes ya saben que, para mí, estos términos son sinónimos), siempre ha enviado mensajes más allá de nuestro ámbito estricto. La misma orientación reformista del Estado, que ha sido una constante del nacionalismo catalán, ha dado ejemplo de ello. Durante los años 60 y 70 y durante la transición, el catalanismo no se limitó a reclamar la autonomía. Obviamente reclamó la democracia, pero también defendió la pluralidad española (de donde salió la generalización autonómica, en algu-

nos aspectos poco buena, por cierto, para nosotros), el europeísmo, las propuestas de modernización, el apoyo a las clases medias como garantía de estabilidad y de democracia, etc. Tuvo un proyecto español, y tuvo y tiene un proyecto europeo.

En todo momento y hasta nuestros días, se ha proyectado sobre todo el Estado y ha asumido un protagonismo de primera. Por ejemplo, entre 1993 y 1998, una de las llaves importantes que abrieron la puerta de la UEM fue CiU, es decir, la principal representación del catalanismo político. A nivel europeo, Cataluña ha tenido un papel principal en muchos momentos absolutamente decisivos; por ejemplo, en el lanzamiento del movimiento regionalista europeo que, tal y como se entiende desde Cataluña, no es solamente una propuesta política sino también una invitación a la movilización de todas las energías de base territorial, económica y cultural que hay en Europa y que, frecuentemente, los Estados en general más bien intentan ahogar.



Permítanme que ahora entre ya directamente en el tema de la globalización, y que lo haga con los mismos términos con que lo hice en Harvard. Decía:

Es bien sabido que la economía está cada vez más condicionada por los mercados financieros globales, que las nuevas tecnologías de la información hacen que la relación en todo el ámbito mundial sea cada vez más fácil y más rápida, que existe una moda mundial, etc. Que el inglés se ha convertido en lengua mundial. Que todo está organizado en redes globales que, por otro lado, los poderes públicos controlamos cada vez me-

nos. Pero es precisamente todo esto lo que está provocando que la gente, las personas, los individuos, reclamen cada vez más tener una identidad. Esto se ha definido magistralmente y con muy pocas palabras diciendo que **el mundo va hacia la red y el yo**. La red, es decir, el acceso inmediato e individualizado a todo el mundo, a millones y millones de seres individuales de cualquier rincón del mundo, un contacto sin intermediarios, que se salta las fronteras y las instituciones sociales. Y, por otro lado, el yo. El yo individual y el yo colectivo.

«Para navegar por los flujos», dice sobre la sociedad de la información Manuel Castells, un prestigioso especialista de la Universidad de Berkeley actualmente muy vinculado al mundo universitario catalán, «hay que tener un referente, hay que tener un ancla». **Y esta ancla es la identidad**. Ya diez años antes, John Naisbitt, un autor norteamericano al que probablemente ustedes conozcan bien, había pronosticado que **en el mundo habría, por un lado, un *global lifestyle* y, por el otro, muchos *cultural nationalism*, y que ambos se complementarían**. Y que hechos como la lengua, la cultura, la religión, las tradiciones, el arte y la literatura, volverían a ser muy importantes en la vida y la experiencia personales; que lo serían individualmente, pero también en tanto que componentes de identidades colectivas a las que las personas volverían a sentirse estrechamente vinculadas. Todo esto es perfectamente compatible con el uso del inglés como lengua universal, con los e-mails como herramienta normal de comunicación, e incluso con el hecho de ser cliente habitual del McDonalds local.

Hasta aquí la cita de Harvard.

También será útil que les lea la doble definición que dio de la globalización el Fórum del Milenio de las Naciones Unidas. Señala dos grandes ámbitos de definición.

«1. La globalización sería una nueva situación caracterizada por una gran capacidad de comunicación y de intercambio a escala mundial que haría posible la construcción de un «sistema mundo.»

«2. La globalización sería la exportación y la imposición del modelo socioeconómico y cultural occidental moderno (que, en algunos casos, ha integrado determinados elementos de otras culturas) a todo el mundo.»

A continuación, el Fórum advertía del impacto de la globalización en las diversas identidades culturales y de civilización por las vías económica, política, social, educativa, etc.

Permítanme también que, además de los que he citado durante estos últimos años, añada nuevos testimonios de apoyo a mi argumentación. Veamos qué dijo recientemente el Papa en un discurso en la Academia Pontificia: «La Iglesia luchará para que la globalización no se convierta en el nuevo colonialismo.» Y dice que hay que defenderse de las civilizaciones invasoras.

Otro testimonio interesante es el de Mesier, que es el PDG de Vivendi, es decir, de una de las primerísimas empresas mundiales del audiovisual. En un artículo muy reciente, se alarma ante la evolución de la globalización y rechaza lo que llama «el hiperdominio» cultural americano, pero también la excepción cultural francesa (y cabe recordar que tanto Mesier como Vivendi son franceses), y dice que el horizonte de las nuevas generaciones debe ser el de «la diferencia acepta-

da y respetada de las culturas». Veamos también qué dice Indro Montanelli: «Quiero entrar en el mundo de la globalización no como apátrida sino con mi identidad propia, y resulta que la lengua propia es el instrumento principal y la garantía de nuestra identidad.» Y añade: **«Se puede ser partidario de la globalización sin necesidad de convertirse en un desarraigado»**. O bien Thomas Friedman, uno de los más prestigiosos analistas, que dice (y creo que es una expresión muy exacta de lo que debe ser la globalización): «Identidad y crecimiento no deben ser incompatibles.» Lo dice al final de su conocido trabajo sobre «el Lexus y el olivo», que trata de tecnología y tradición, de internacionalismo y arraigo. Y aún podríamos recordar que, **hace ya unos buenos 10 o 12 años, Helmut Schmidt criticaba la dicotomía entre nacionalismo e internacionalismo.**

Podríamos seguir con docenas de citas. Pero para nosotros, los catalanes, quizá no sea necesario; porque, para nosotros, el riesgo y, a la vez, la oportunidad que la globalización representa es más evidente que para muchos otros pueblos.

Nosotros necesitamos, y podemos dar, respuesta a esa dualidad que algunos perciben como contradictoria pero que, para nosotros, no puede serlo y tenemos que hacer que no lo sea. Para nosotros el riesgo es mayor y, por lo tanto, también es mayor la necesidad de darle una respuesta positiva.



¿Por qué es mayor el riesgo?

1. **Por la fuerte presión cultural, lingüística y mediática del Estado español, que como tendencia apunta**

a hacer de la identidad catalana algo residual. Esto, poco o mucho, siempre ha sido así y debemos ser conscientes de que, incluso objetivamente, es decir, simplemente por la fuerza de los hechos, esta presión existe aunque a veces no sea intencionada. Sin embargo, es cierto que últimamente asistimos a una reaparición de lo que yo he llamado el «lenguaje imperial».

2. Por la presión de la cultura mundial dominante. También esto es un hecho general, pero en nosotros estos hechos generales pueden pesar más. Fíjense en el hecho de que en el reciente Festival de Eurovisión todos los países, excepto seis, presentaron las canciones en inglés. Estonia, que ganó y que tiene como objetivo nacional muy importante el fortalecimiento de la lengua estonia dentro de la misma Estonia, también presentó la canción en inglés.

Pero, actualmente, Estonia cuenta con unos elementos institucionales, políticos y jurídicos de defensa que Cataluña no tiene. Por lo tanto Cataluña, si quiere defenderse, debe ser más voluntariosa y más audaz que Estonia.

3. Por nuestra fragilidad. Tenemos factores de fragilidad; pero permítanme que se lo explique. Si, después de siglos de sujeción política a uno de los Estados más antiguos y poderosos de Europa (poderoso incluso durante sus siglos de decadencia); si, después de siglos de presión de una de las lenguas más fuertes del mundo; si, después de siglos de una política tendente a borrar la identidad catalana; si, después de recibir una inmigración ingente en condiciones que hacían difícil la integración, etc.; si Cataluña sigue existiendo, y no precaria o pasivamente, sino con una poderosa creatividad en todos los ámbitos y con capacidad de

proyección y cohesión, es que Cataluña tiene activos propios que lo hacen posible. Porque no es completamente normal que suceda algo así. Dentro de nuestra fragilidad, somos un país fuera de lo común y esto debe darnos mucha confianza. **Tenemos algo que, por lo menos en gran parte, compensa la fragilidad. Aunque esto no quiere decir que no tengamos elementos de fragilidad, y debemos ser conscientes de ello.**

Recuerden el cuento del violinista en el tejado, que tocaba, y tocaba bien, haciendo equilibrios, saltando de teja en teja y a caballo de la divisoria de aguas. Cataluña debe rehacer de vez en cuando aspectos importantes de su ser colectivo, debe encontrar nuevas formas de encajar en el Estado, debe integrar a más gente cada vez, debe actualizar su proyecto y su mensaje. **Vive de la tradición, de lo que tiene de permanente, de la memoria, del patrimonio de sus abuelos, pero poniéndolo constantemente al servicio de nuevas adaptaciones** (y si un día lo perdiera todo, perderíamos la posibilidad de ser un pueblo, no seríamos más que un territorio). Es como un milagro.

Pero los milagros nunca son fáciles ni nunca son seguros. **Éste es un combate político e intelectual difícil, y a veces confuso y contradictorio.** Lo es a nivel general, mundial. Se podrían dar tantos ejemplos de la complejidad de este tema. Por ejemplo, la oposición del presidente Cardoso, que pasa por ser muy progresista, a las propuestas medioambientales que las organizaciones ecologistas quieren imponer en Brasil. O bien, como he dicho antes, el hecho de que Estonia, un país de clara orientación nacionalista, opte por el inglés en Eurovisión. O bien el rechazo de los dos partidos comunistas de la India de las exigencias que, en nombre del respeto

a los derechos laborales, plantearon a la industria hindú los sindicatos europeos y norteamericanos. En la India hay dos partidos comunistas, uno de origen soviético y otro de origen chino. Y son ellos, y no sólo el gran capitalismo hindú, quienes dicen: «Estas imposiciones que ustedes nos plantean sirven para Massachusetts o para Suecia; para nosotros, no.»

Y también aquí, en Cataluña, las contradicciones son patentes. Pero, por más difícil que sea un combate, hay que librarlo.

Tenemos que librarlo. Y tenemos que ganarlo
Podemos librarlo. Y podemos ganarlo.

Y nos conviene hacerlo, porque al hacerlo nos situamos en el centro de un gran debate mundial. **Nosotros tenemos que procurar estar siempre en el centro de los debates mundiales.** Porque no podremos seguir adelante si sólo aspiramos a ser catalanes. No podremos hacer un discurso válido para los catalanes si sólo nos dirigimos a los catalanes. Tenemos que involucrarnos en el meollo de una preocupación mundial, de una reacción mundial, de un gran *challenge* mundial, porque esto, de rebote, da sentido a lo que somos y le presta grandeza, le pone una pincelada de épica.



Como les decía antes, creo que estamos en condiciones de ganar este reto, pero para ello debemos tener bien individualizados no sólo los pequeños peligros particulares de los que les hablaba, sino también algunos argumentos, algunos estados de ánimo, algunas posturas que deberemos superar o saber resolver bien. Y aquí invito al mundo intelectual catalán, al mundo

político, al mundo mediático, al mundo académico, a meditar mucho sobre estos temas.

1. Uno de ellos es el de la interpretación excesivamente y exclusivamente individualista de los Derechos Humanos. Es la interpretación dominante en muchos ambientes políticos e intelectuales mediáticos europeos. Podríamos decir que es la interpretación más propia de lo políticamente correcto. Y es una interpretación que tiende a reducir toda referencia comunitaria y de identidad o bien al puro folklore, a algo ramplón, o bien al totalitarismo (excepto, obviamente, cuando se trata de los Estados constituidos).

Lo dice el propio Fórum de las Naciones Unidas que antes mencionaba:

«En el marco de la cultura occidental moderna hay una cierta tendencia a menospreciar la realidad de la identidad cultural, a considerarla un elemento limitador de la libertad individual y, por lo tanto, algo que hay que superar y de lo que hay que liberarse.»

2. Así se explica que, a pesar de decir que **«toda persona se debe a la comunidad, que es lo único que le permite el desarrollo pleno y libre de la personalidad»**, el artículo 29 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos generalmente sea silenciado. Así se explica también que haya costado tanto conseguir una Declaración de los Derechos Humanos Lingüísticos (en realidad, la UNESCO aún no la ha aprobado). O que haya estado a punto de no incluir en la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea, aprobada recientemente en Niza, la protección de las minorías lingüísticas y culturales (y religiosas).

En este punto me permitirán que sea poco modesto y que atribuya al Gobierno de la Generalidad parte del

mérito de que finalmente se incluyera dicha referencia porque cuando se nos advirtió que no se incluía ninguna referencia a este tema, hicimos una serie de gestiones en Bruselas ante algunos gobiernos europeos a los que tenemos acceso y ante el Gobierno español que, debo decirlo, tuvo una reacción positiva. No sé cuál fue finalmente la gestión más positiva, pero se incluyó la protección de las minorías lingüísticas y culturales. Aunque vino de un pelo que no se la incluyera. Por lo tanto, nos encontramos en un punto en el que intelectualmente, desde el punto de vista de las ideas dominantes y desde el punto de vista de los grandes intereses, ya conviene que este tema quede algo amortiguado, algo marginado.

3. Todo esto conduce al recelo contra el sentimiento de identidad, propio de lo políticamente correcto y de lo que podríamos llamar el pensamiento que algunos sectores políticos e intelectuales quisieran convertir en único. El mismo Montanelli, en el escrito antes citado a propósito de la lengua, dice: «vivimos una época de negación de identidades.» Y Sami Naïr, en su libro *El peaje de la vida*, que les recomiendo, dice que hay que hacer una política de población que tenga en cuenta las variables sociales y culturales, y añade: «incluso, digámoslo sin pelos en la lengua, de identidad». O sea, viene a decir: «llamemos a las cosas por su nombre aunque no esté de moda hacerlo.» Todo ello está, frecuentemente, envuelto de hipocresía porque, en realidad, todo el mundo es nacionalista; pero ya se sabe que no se considera nacionalismo el de los Estados constituidos, ni el de la ñ española, ni el jacobinismo francés, ni la orgullosa y antieuropea *britishness*, ni el intenso patriotismo de los Estados Unidos. Todo ello forma parte del paisaje natural.

Pero no es así cuando nosotros defendemos nuestra identidad.

Todo esto viene a reforzar un cosmopolitismo despersonalizado que se da en todas partes pero que aquí es más peligroso.

4. A esto hay que añadirle, y cada vez más, el **tema de la inmigración**. Cada vez más y cada vez en más partes. Pero el tema es especialmente crucial en Cataluña.

También este problema se nos plantea desde dos perspectivas. Por un lado, para nosotros comporta más riesgos que para la mayoría de países y sociedades. No podemos hablar de él ocultando al mismo tiempo su importancia y sus riesgos. Una cosa es que lo hagamos con mentalidad y voluntad integradoras y con un espíritu solidario, y que expresemos la convicción –porque la tenemos y porque debemos tenerla– de salir victoriosos de este nuevo reto. Otra cosa es que ocultemos las dificultades y los peligros que comportan, ya sea por ligereza, ya sea, una vez más, por miedo a que los censores nos tachen de políticamente incorrectos. El mismo Sami Nair que acabo de mencionar enumera las consecuencias de los desplazamientos de población vinculados a la globalización de la economía y de las representaciones culturales. Dice textualmente que **esquemáticamente son «la mutación de los sentimientos de pertenencia, la alteración de las identidades nacionales, la ausencia de un paradigma de referencia colectivo»**.

Pero, por otro lado, también en este punto nosotros podemos dar más testimonio que muchos, tenemos más doctrina que muchos, tenemos más experiencia que muchos, tenemos más que decir que muchos. Por

lo tanto, nosotros podemos estar muy presentes en este debate que será capital en Europa.

5. Relacionado con todo esto nos encontramos con **el tema del multiculturalismo y el mestizaje.**

Se habla mucho tanto de lo uno como de lo otro y en términos muy confusos. Vale la pena recordar la forma enérgica en que Rigoberta Menchú rechaza el mestizaje como situación deseable; es decir, si por la razón que sea se produce mestizaje, se intenta asumir positivamente, pero no es la solución deseable. Viene a decir que se habla mucho de mestizaje, pero que ella es y quiere ser quiché y que, aunque valora el castellano como gran lengua de comunicación, establece una frontera clara con las culturas autóctonas. Porque son las culturas sólidas y bien identificadas las que son constructivas. **Y por lo que a multiculturalismo se refiere, creo que tenemos que valorar muy negativamente el rechazo que comporta de la cultura de referencia, de la cohesión de la sociedad, de la voluntad integradora y de la proyección colectiva.** Creo que tenemos que apostar porque Cataluña, en lugar de convertirse en una sociedad multicultural, **siga siendo una comunidad integradora de gente diversa, y para ello tiene que haber una cultura de referencia.**

Otra cosa es que hay que entender que **las identidades se transforman** por causas diversas. Una de ellas, importantísima, puede ser la inmigración. Y también pueden desaparecer. **Las débiles pueden desaparecer.** Decía Paul Valéry: «Nous autres, civilisations, nous savons maintenant que nous pouvons mourir.» ¿Quién será capaz de preservar la propia? ¿Quién tendrá la voluntad de hacerlo? ¿Quién tendrá los medios para ello?

La reacción contra la globalización ya ha aparecido: la reacción contra lo políticamente correcto y contra el imperio de una obligada y uniforme racionalidad, como bien explica Goleman en su libro *La inteligencia emocional*; la reacción contra otro imperio, el de los mercados financieros; la reacción contra el rodillo igualador o contra la condición inerte en la que tantas veces nos encontramos. Esta reacción ya ha aparecido, **pero no tiene que ser necesariamente buena**. Podría suceder que en los espacios que una racionalidad constrictiva, asfixiante, haya dejado libres, o en las heridas que han abierto las hegemonías, o en los ánimos curtidos por reacciones fruto del miedo y de la inseguridad, se introdujeran la irracionalidad, el resentimiento, la frustración. No queremos salir de la racionalidad asfixiante para caer en la irracionalidad. También éste es un riesgo.

En este sentido nosotros podríamos ser capaces de elaborar y difundir un mensaje diferente, un mensaje de equilibrio. Donde podríamos decir: «Hay otras soluciones y nosotros hemos experimentado algunas.»

No tendremos que inventar demasiado, porque nos hemos pasado la vida defendiendo nuestra identidad dentro de marcos políticos e institucionales más amplios. Porque cuando Guéhenno escribe que las comunidades democráticas del futuro serán a la vez comunidades de razón y de memoria, advertimos que éste ha sido nuestro lenguaje de siempre y que ha sido auténtico, que realmente lo hemos cultivado. Que cuando decimos en los foros europeos que creemos que el futuro de Europa debe pasar por «la afirmación con apertura, las identidades en convivencia, la cultura como fundamento, la posibilidad de promoción para todos,

y las soberanías compartidas» encontramos un gran eco; tanto, que acaba sorprendiéndonos porque, para nosotros, esto es lo que siempre hemos querido que fueran Cataluña, España y Europa.

Podríamos decir que son soluciones **en la línea de la globalización sostenible**. Se ha dicho, y creo que es así, que el remedio contra los excesos de la globalización no nos vendrá del radicalismo sino del reformismo. Hay fenómenos que aunque parezcan contradictorios no lo son. Aún más: frecuentemente se necesitan los unos a los otros. «La grandeza», decía Pascal, «se basa en retener los extremos y llenar el vacío que hay entre ellos». Y Pascal no era un hombre acomodaticio, simplemente recordaba que, en última instancia, los grandes sistemas y los sistemas eficaces suelen ser resultado de una síntesis, eso sí, hecha no desde el común denominador más bajo, sino sumando activos; es decir, **no desde la indiferencia sino desde las convicciones dialogantes; no desde los no valores, sino desde los valores sólidos**. No como objetos que las tecnologías, las hegemonías culturales y los mercados financieros arrastran de un lado para otro, sino como sujetos. Por esto, aunque hoy no entremos en este punto, el debate de la globalización es también, necesariamente, el debate de los valores. Para que haya identidades individuales o colectivas, es necesario que dichos sujetos posean unos valores que los vertebrén. Si no hay valores, y sin valores no hay identidades, ¿qué se opondrá a lo que podríamos llamar la concentración imperial del dinero, de la cultura y del poder?

Con todos estos activos y pasivos a cuestas, creo que podemos lanzarnos a este remolino de ideas, de realidades contradictorias, de tensiones, promesas, amena-

zas y miedos, y nuevos horizontes. Tenemos delante un gran escenario. Nosotros somos pequeños, pero el escenario es grande. Siempre queremos ser modernos, nos gusta hasta en exceso. Seamos pues modernos sumergiéndonos en un gran problema de alcance universal y contribuyamos a dar a la globalización, modestamente pero tanto como podamos, sostenibilidad y equilibrio, y a evitar que conduzca a un nuevo colonialismo, a la masificación, a la despersonalización, a la destrucción de culturas.

Por todo esto al principio les decía que, más que dar una conferencia, quería hacer una invitación a nuestra sociedad catalana, a los que están aquí y a los que están fuera. Me gustaría, y creo que sería señal de salud colectiva, que esta invitación –que, de hecho, es un reto intelectual y político– fuera aceptada. Que sectores políticos e intelectuales y, en general, todos los sectores creativos la hicieran suya.



El tema de la globalización no es un tema único. Tiene muchas manifestaciones, muchos ámbitos de acción, aunque sus orígenes sean los que definía el Fórum del Milenio de las Naciones Unidas, que antes les he leído, y conviene analizar los diferentes ámbitos en los que el fenómeno se manifiesta.

Hay muchos capítulos, muchos apartados que nos afectan, entre otros, los siguientes:

Está el capítulo más general de las identidades como hechos políticos, culturales y humanos en el marco global. No hace falta insistir en ello más de lo que ya lo he hecho.

Está el capítulo económico, donde se ve que la globalización, en contra de tantas previsiones, no ha hecho inviables los países pequeños ni las economías pequeñas. Al contrario, los milagros económicos de Irlanda y de Finlandia son prueba de ello y en ellos debemos reflejarnos; o en Flandes y en Baviera; o en Nueva Zelanda, Chipre o Singapur. ¿Qué tienen, qué han hecho estos países pequeños, frecuentemente ignorados, para haber logrado sus grandes progresos precisamente en la época de la globalización?

Internamente han hecho un esfuerzo de formación, de cohesión social, de modernización, de definición de objetivos, en último término, de competitividad. Todos ellos son países con un fuerte sentimiento de identidad que les ayuda decisivamente a fortalecerse internamente. Todos ellos son países que, desde esta plataforma, se han lanzado a la aventura económica del mundo, del mundo de la globalización. Desde su cohesión social, económica y nacional han aplicado el lema: «Nuestro mundo es el mundo.»

Está el capítulo de la tecnología, que es un elemento básico (hay quienes dicen el más básico) de la globalización y que nos obliga a reflexionar y a pensar como mínimo en dos direcciones. La primera: ¿dominamos en Cataluña suficientemente bien dichas tecnologías? ¿Las dominamos lo bastante como para navegar por el mundo igual de bien que Finlandia o Flandes, por ejemplo? La segunda: ¿Estamos en condiciones de utilizar las nuevas tecnologías, y especialmente las TIC, de manera que sepamos introducir en ellas nuestro hecho identitario? No es un miedo gratuito ni hijo de la pobreza de espíritu, es el mismo miedo que tienen los holandeses y los daneses y tantos más. Los únicos

que no lo tienen son los cosmopolitas a los que Montanelli califica de desarraigados y de ellos dice, además, que acaban por no aportar nada.

La combinación de tecnología, grandes mercados y poder político concentrado (y no hablo de España, sino de Europa y del mundo), es decir, la combinación de tres elementos definitorios de la globalización, podría aniquilar, por ejemplo, a TV3. Y todos sabemos lo que ello significaría.

Está el capítulo de la inmigración, que es un hecho local en el sentido de que nos lo encontramos en nuestros barrios y ciudades, y también en el sentido de que es un reto para nuestra identidad pero con causas globales. La gente se mueve en todo el mundo y, en buena parte, se mueve en dirección a Europa. Se mueven grandes masas de chinos. Se mueven millones de latinoamericanos. Se mueven los negros subsaharianos que atraviesan el Sahara colgados como racimos de maltrechos camiones. Se mueven los norteafricanos y los europeos del Este. Todos se mueven.

No podemos limitarnos a ver qué pasa con los magrebíes de Can Tusell, en Terrassa, o con los ecuatorianos de Nou Barris. Cuando, a finales de los cincuenta, nos dimos cuenta de que en Cataluña recibíamos un flujo grande y creciente de inmigración procedente de muchos puntos de España, fuimos a ver qué sucedía en aquellos lugares. En Níjar y en Jaén, en Águilas y en Almadén. **Y gracias a ello Cataluña elaboró no solamente una doctrina de inmigración y de integración, sino también de desarrollo general español.**

Y ahora tenemos que volver a hacerlo, pero yendo más lejos. Tenemos que ver qué sucede en el mundo. No podemos influir demasiado en ello, casi nada,

pero tenemos que hacerlo, y hasta en beneficio propio (y tenemos que decir que hasta ahora no lo hemos hecho). No hemos aplicado demasiado a este tema el lema, globalizador e identitario a la vez, de «nuestro mundo es el mundo», que tan útil ha sido económica y políticamente.



Por si alguien se sintiera tentado por la propuesta que estoy haciendo, creo pertinente hacer una advertencia. La aportación más positiva que podemos hacer no es una versión autóctona y retocada del internacionalismo progresista; de esto sobra en el mundo, no nos necesitan a nosotros.

Si hay algo más propio y menos banal que sí podemos aportar es el vivir la globalización desde la identidad. El valor más importante que tenemos es el de ser capaces de vivir nuestra identidad de una forma abierta, receptora y transmisora a la vez. Dicho de otro modo: sin una identidad fuerte no podremos aportar nada positivo al proceso de universalización. No se trata de que nos dejen entrar en el mundo global sin aportarle nada propio, repitiendo sólo los tics y las verdades de catecismo que le son propios y fáciles de aprender; y por lo tanto aceptando sin más su pensamiento, que tiende a ser único y a basarse en ideas y valores muy *light*, es decir, muy manipulables, muy adaptables. No se trata de esto, entre otras cosas porque si acudimos en estas condiciones no les interesaremos para nada.

Y a nosotros esto tampoco nos interesa. Lo perderíamos todo.

La convivencia, ya sea en la misma Cataluña o en el mundo global, no se puede basar en la indiferencia.

Lo mismo podríamos decir de toda posible dialéctica constructiva o de todo esfuerzo de síntesis. No se pueden basar en la no sustancia. En el no ser sustantivo. En el no ser sujeto. En el no ser nada. O en el ser muy poquito, para no molestar a nadie. **La convivencia y la síntesis, o la superación de contradicciones, deben basarse en los valores consistentes de cada cual. Porque son una operación de suma.**

Digo todo esto porque conozco el entusiasmo con que, frecuentemente, algunas personas de aquí aceptan toda operación de difuminación de mensajes potentes, de convicciones sólidas; sobre todo en términos de identidad.

Como les decía, no podremos ambicionar un papel en el ámbito global y universal sin unas ideas firmes, unas conductas coherentes, una identidad sólida y sentida. Esto viene antes que nada.

El peligro que corremos como pueblo no proviene de la globalización. Podría estar en nosotros mismos y en nuestra incapacidad de hacer una aportación positiva, aunque modesta, a la Humanidad. Podría vernos no del hecho de tener una personalidad colectiva fuerte, sino de tenerla débil. Por lo tanto, las preguntas que debemos hacernos son: ¿tenemos esas ideas firmes de las que hablaba? ¿tenemos suficiente energía moral, suficiente creatividad intelectual? Yo creo que sí. Por mi cargo y por vocación, frecuentemente calibro nuestras fragilidades. Y esto me da más credibilidad cuando digo que estoy convencido de que sí, que podemos hacerlo, que contamos también con bastantes elementos positivos.

Por esta razón reitero lo que he dicho al principio: **propongámonos ser más de lo que somos ahora y pro-**

pongámonos tener protagonismo en el mundo. Sin miedo.

Todo esto está adquiriendo actualidad en un momento en que en Barcelona preparamos el Fórum Universal de las Culturas que, en su intención, responde precisamente al reto del que estoy hablando y va en la línea de lo que el mundo necesita. Por lo tanto, **como país y como ciudad estamos en una posición de vanguardia.** De vanguardia y de riesgo.

Que estos planteamientos implican riesgo, acabamos de verlo con la suspensión de la reunión del Banco Mundial en Barcelona. Quiero decir ante todo que lamento que se haya producido esta suspensión. Lo lamento entre otras cosas porque veo que algunos de los que se alegran de ella se manifiestan frecuentemente de un modo muy contradictorio y, sobre todo, porque no veo qué alternativa proponen. Ni si quieren proponer una. Esto no quita que el movimiento antiglobalización se explique porque responde a miedos muy concretos y a malestares difusos: miedo a la hegemonía, miedo a la pérdida de personalidad, miedo al desbocamiento de la tecnología, miedo a no poder seguir, miedo a tantas cosas. Y la gente tiene derecho a tener miedo. Y hay que dar una respuesta.

Como decía, a través del Fórum 2004 podríamos contribuir a ello entre todos. Podemos contribuir a través de la construcción de un país, Cataluña, que encarne una fértil capacidad de síntesis y que lo haga con un espíritu alegre y confiado. Como les decía, sin complejos y sin miedo.